

RECUERDOS DEL PROFESOR Y DEL AMIGO

Eduardo Vásquez

Comencé a estudiar filosofía en la Escuela de Filosofía de la Universidad Central de Venezuela. Fue en el año 1952. La Universidad se volvía a abrir después de haber sido clausurada por el entonces Presidente Marcos Pérez Jiménez. Pero la Universidad no volvería a su sede de San Francisco sino que inauguraría las extraordinarias instalaciones de la recién terminada Ciudad Universitaria. El primer año de la carrera que había escogido no fue muy deslumbrante, aunque el estudio de los idiomas clásicos, latín y griego, con el profesor Milo Gabe, y del alemán con la profesora Frederica Ritter, todavía despertaba en mí agradables emociones y ternura.

Pero el encuentro que más me indujo a estudiar filosofía fue con Ernesto Mayz Vallenilla. Tuve la suerte de inscribirme en varios de los seminarios que él dictaba, mejor dicho, que él organizaba, sobre todo el que versó sobre Nicolai Hartmann. Si mal no recuerdo ese seminario duró dos años: se constituía los sábados entre 9 y 12 de la mañana. Entre los asistentes recuerdo a mi amiga Julieta Fombona, a Alfredo Chacón, a Ángel Padilla, a López Ulloa, a Roberto Guevara, a Alfredo Silva Estrada, a Sonia Sanoja y a una señora alemana cuyo nombre era Úrsula. El libro de N. Hartmann, el primer tomo de su Ontología, se prestaba a lo que el profesor Mayz quería lograr. Como cada capítulo estaba dividido en párrafos no muy largos, cada estudiante debía leer e interpretar cada uno de ellos y antes del sábado debía entregar a otro estudiante, su oponente, un resumen de su lectura. El sábado el ponente leía y comentaba su interpretación y luego el oponente intervenía para discutir la interpretación oída. Después cada uno podía intervenir. El Dr. Mayz, desde luego, intervenía pero como otro asistente al seminario, sin imponer su autoridad, sino argumentando, refutando, corrigiendo con el peso de sus conocimientos.

No siempre había acuerdos acerca de lo que él exponía, pero ello no disminuía el respeto y el afecto que se iba desarrollando hacia su calidad de profesor. Todo lo contrario. ¿Hará falta decir que se formaban verdaderas trifulcas, controversias encendidas entre los asistentes? Una de las cosas que aprendí en esos seminarios fue que se podía argumentar contra un texto, examinarlo, discutirlo y no mirarlo como un texto sagrado. Pero también, y sobre todo, ser prudente con las propias afirmaciones, dudar de ellas, respetar la opinión de los contradictores. Esos seminarios fueron decisivos en mi formación y trato siempre de revivirlos en los cursos que dirijo. Espero que el Dr. Mayz tenga de esos seminarios recuerdos tan vivos, tan presentes, como los que se me han grabado. Ellos desarrollaron en

mí no sólo actitudes indispensables en los estudios de filosofía, sino el aprecio y el respeto por la persona que disiente de nosotros y que por ello muestra su tolerancia, su comprensión, su estima, su respeto, lo cual se ha mantenido en nuestra amistad de más de treinta y cinco años.

Recuerdo un cuento de Orson Welles muy a propósito para lo que quiero expresar. Un hombre visita el cementerio de una ciudad donde está de paso. Al mirar las lápidas ve con asombro fechas de nacimiento y muerte que indican períodos de vida muy breves: 2, 4, 6 años. Le dice a su acompañante que la gente allí vive muy poco. Este le contesta: "aquí recordamos a la gente por el tiempo que ha sabido conservar una amistad".